

MARCEL PROUST Y LO PRE-RACIONAL*

A. M. BERGMANN

Marcel Proust, parisiense de nacimiento, es uno de los más interesantes escritores franceses de la primera mitad de nuestro siglo. Nació 1871 y murió 1922. Hasta la edad de treinta y cinco años Proust vivió la vida de un hombre de mundo. En el resto él se ocupó en la elaboración de aquella obra gigantesca que conocemos bajo el título **A la recherche du temps perdu**. (En busca del tiempo perdido), una obra por la cual Proust no nos da solamente ciertos aspectos de la vida social contemporánea, sino también y ante todo nos da un análisis del sentimiento estético moderno. (Les advierto que uso el término "sentimiento estético" con cierto desagrado, pues se trata de algo más que de mera estética, se trata de un sentimiento pre-recognoscitivo, fundamental para cada orientación humana superior). Este análisis de Proust es de una profundidad inmensa, basada en una sensibilidad extraordinaria.

León Daudet nos informa algo sobre este ingenioso escritor. El nos lo describe —con respecto a la primera época de su vida— como hombre de mundo, **causeur** brillante, original, muchas veces estupendo, misterioso. Daudet nos cuenta de un círculo de artistas y escritores que por los años 1900-1905 se reunía en el Restaurante Weber en la rue Royal. "Allí se veía entrar de vez en cuando hacia las siete y media de la noche un joven, envuelto en una bufanda de lana. Pedía uvas y un vaso de agua y decía que se había levantado justamente, tenía una gripe, debía acostarse en seguida, el ruido le dolía, miraba inquieto e irónico alrededor y —al fin— reía una risa encantadora, y quedaba. Pronto aparecían, en un tono titubeante, rápido, algunas observaciones originales, conceptos de una fineza diabólica".

E. R. Curtius, de cuyo libro he tomado estas frases de Daudet, sigue: "Daudet nos hace visible —por lo menos someramente— por pocas palabras la genialidad extraordinaria que sabía allanar todas las diferencias".

1921 el mismo Daudet llama a Proust "uno de los mejores escritores de nuestra literatura". Paul Valéry dice: "Y si yo no hubiese leído un solo renglón de esta obra inmensa, el hecho de que

* Esta conferencia fue dada con el título de «El problema del reconocimiento en Proust», en el Aula Máxima de la Facultad de Filosofía y Letras de la U. Nal. el día 7 de septiembre de 1965.

dos tipos tan diferentes como Gide y Daudet estén de acuerdo de su importancia, sería suficiente para mí para asegurarme de cualquier duda; un encuentro tan raro es solamente posible cerca de la certeza. Podemos tranquilizarnos: el sol brilla si los dos lo anuncian".

¿Quién era Proust? Supongo que algunos de ustedes han leído algo de esta obra inmensa. Estos lectores están seguramente de acuerdo conmigo en que las frases infinitas de Proust —pues son composiciones muy concientes—, estas infinitas descripciones de cosas pequeñas, aparentemente muy insignificantes, que estas frases tienen un encanto muy propio, muy misterioso. Muy francés por su elegancia, por su profundidad, velada en su moderación, en su "aburrimiento o fastidio clásicos". Nada emocionante, absolutamente nada se encuentra en estos miles de páginas. Pero la lectura de Proust es como el deslizarse con las puntas de los dedos por la superficie de una seda suntuosa. Y el color de esta seda, el estilo de Proust, no es de un color chillón, es de este gris argentino que podemos admirar tantas veces en la atmósfera de París y en el norte de Francia, grisáceo, eminentemente gótico, de un tono delicado, pre-primaveral, irisado, como una buena pintura de Renoir o de Monet. Pero no es solamente la luz. Es la misteriosa unión de todas las sensaciones nerviosas, cuya primera es para Proust el perfume.

Cito un ejemplo, típicamente proustiano: Dice Proust: "Antes de subirme a leer, entraba en el cuarto de descanso que mi tío Adolphe, hermano de mi abuelo, viejo militar que se retiró con el grado de comandante, tenía en la planta baja, y que, aunque las ventanas abiertas dejaban pasar el calor, ya que no los rayos solares que no alcanzaban hasta allí, exhalaba sin cesar ese olor fresco y oscuro, a la vez forestal y "ancien régime" **y que hace soñar profundamente a través de la nariz**, cuando penetramos en un abandonado pabellón de caza. ("qui fait rêver longuement les narines").

Y ahora el célebre pasaje de los bizcochos, llamados "madeleine", de aquellos pequeños pasteles conocidos en toda Francia. Cito intencionalmente gran parte de ese paso, pues se trata de una de las observaciones más fundamentales de Proust sobre el problema del reconocimiento, sobre el problema de la percepción y de la memoria. Intenté abreviarlo. Es imposible. Proust es minucioso. Cada palabra es importante, así como cada pliegue, cada hinchazón, cada oscilación, cada luz, cada línea, cada sombra es importante en una estatua gótica.

El joven Proust toma en su casa en Combray una taza de té con uno de estos mencionados bizcochos. Dice: "Me...llevé a los labios una cuchara de té, en el que había echado un trozo de este bizcochito. En el mismo instante en que aquel sorbo con las migas tocó mi paladar, me estremecí, fijé mi atención en algo extraordinario que ocurrió en mí. Un placer delicioso me invadió, aislado, sin noción de lo que lo causaba". Con un golpe se siente

feliz. "Esa esencia, el té con el bizcocho, no es que estuviera en mí, **era yo mismo**. Dejé de sentirme mediocre, contingente, mortal. ¿De donde podría venirme aquella alegría tan fuerte? Me daba cuenta de que iba unida al sabor del té y del bizcocho, pero le excedía mucho, y no debía de ser de la misma naturaleza"...

Toma otros sorbos. Se disminuyen las sensaciones. "Ya es hora de pasarse, parece que la virtud del brebaje va aminorándose. Ya se ve claro que la verdad que yo busco no está en él, sino en mí. El brebaje la despertó... Dejo la taza y me vuelvo hacia mi espíritu. Él es el que tiene que dar con la verdad. ¿Pero cómo? Grave incertidumbre ésta, cuando el espíritu se siente superado por sí mismo, cuando él, lo que busca es justamente el país oscuro por donde ha de buscar sin que le sirva para nada su bagaje. ¿Buscar? no sólo buscar, crear! Se encuentra —es decir el espíritu— ante una cosa que todavía no existe y a la que el sólo puede dar realidad y después (después!) hacer entrar en su luz! Y otra vez me pregunto: ¿cuál puede ser ese desconocido estado que no trae consigo ninguna prueba lógica, sino (solamente) la evidencia de su felicidad y de su realidad junto a la que se desvanecen todas las restantes realidades? Intento hacerlo".

Y Proust intenta repetir el experimento interesante. "Me encuentro con el mismo estado, sin ninguna claridad nueva. Un mero análisis demuestra: siento —dice Proust— estremecerse en mí algo que se agita, que quiere elevarse; algo que acaba de perder ancla a una profundidad, no sé el qué, que va ascendiendo lentamente; percibo la resistencia y oigo el rumor de las distancias que va atravesando".

Sigue Proust: "Indudablemente, lo que así palpita dentro de mi ser será la imagen y el recuerdo visual que, enlazado al sabor aquel, intenta seguirlo hasta llegar a mí" ... "Apenas si distingo, el reflejo neutro en que se confunde el inaprehensible torbellino de los colores que se agitan; pero no puedo discernir la forma, y pedirle, como a único intérprete posible, que me traduzca el testimonio de su contemporáneo, **de su inseparable compañero, el sabor**, y que me enseñe de qué circunstancia particular y de qué época del pasado se trata".

Proust pregunta: "Llegaré a la superficie de mi conciencia clara ese recuerdo, ese instante antiguo que la atracción de un instante idéntico ha ido a solicitar tan lejos, a conmover y alzar en el fondo de mi ser? No sé".

Algunas líneas más adelante viene el golpe interesante. "Y de pronto el recuerdo surge. El sabor es el que tenía el pequeño pedazo de la 'madeleine' que mi tía Léonie me ofrecía, después de mojado en su infusión de té o de tila, los domingos por la mañana en Combray. Ver (es decir, el aspecto) ver la 'madeleine' no me había recordado nada, antes de que la probara, quizá porque como había visto muchas, sin comerlas, en las pastelerías... Pero cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frági-

les, más vivos, más inmateriales, más persistentes y más fieles que nunca, el olor y el sabor perduran mucho más, recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita el edificio enorme del recuerdo" ("sur leur gouttelette presque impalpable, l'édifice immense du souvenir").

Y ahora: "En cuanto reconocí el sabor del pedazo de la 'ma deleine', mojado de tila que mi tía me daba, ... la vieja casa gris con fachada a la calle, donde estaba su cuarto, vino como una decoración de teatro a ajustarse al pabelloncito del jardín que detrás de la fábrica principal se había construido para mis padres ... y con la casa vino la ciudad, desde la hora matinal hasta la vespertina, y en todo tiempo, la plaza, adonde me mandaban antes de almorzar, y las calles por donde iba a hacer recados, y los caminos que seguíamos cuando había buen tiempo. Y como ese entretenimiento de los japoneses que meten en un cacharro de porcelana pedacitos de papel, al parecer, informes, que en cuanto se mojan empiezan a estirarse, a tomar forma, a colorearse y, a distinguirse, convirtiéndose en flores, en casas, en personajes consistentes y cognoscibles, así ahora todas las flores de nuestro jardín y las del parque de Monsieur Swann y las ninfas del Vivonne y las buenas gentes del pueblo y sus viviendas chiquitas y la iglesia y Combray entero y sus alrededores, todo eso, ciudad y jardines, que va tomando forma y consistencia, sale de mi taza de té".

Lo esencial de esta parte es la observación de que existe para Proust una relación y una unidad pre-recognoscitivas del hombre para con la realidad, una relación que es fundamental para su existencia auténtica. "Un mundo de una taza de té!" Es evidente que no se trata simplemente de "una taza de té", sí, una taza de té puede ser más que "una taza de té".

En el último libro de su obra "Le temps retrouvé" dice Proust: "Una hora no es solamente una hora; ella es un recipiente lleno de perfumes, de sonidos, de planes y de climas. Lo que llamamos **la realidad** es una cierta relación entre sensaciones y memoria que nos rodean simultáneamente —una relación, que perderíamos por una simple reproducción cinematográfica, una relación que se aleja más y más de la verdad, más se limita a ella (es decir, a la verdad en el sentido del mero racionalismo—)".

Dice Proust: "Se puede dejar seguir las cosas infinitamente en una descripción, cosas que juegan cierto papel en cierto lugar: la **verdad comienza solamente** en el momento cuando el escritor toma dos objetos diferentes, haciendo visible las relaciones entre ellos ... o si el menciona, así como hace la propia vida, una cualidad común a dos sensaciones, librando su esencia por la unión en una metáfora ... ¿No era la propia naturaleza que a este respecto anda en los caminos del arte, algo como un comienzo de él (es decir, del arte), de tal manera que él me reveló la belleza de una cosa mucho más tarde por y en una otra?. Por ejemplo, la ho-

ra del medio día de Combray en el sonido de sus campanas, la mañana de Doncières en el gluglú de nuestra calefacción. Esta relación puede ser poco interesante **en sí**, su objeto mediocre, el estilo no justamente bello, pero mientras estas relaciones **no son actuales, no ha pasado nada!**".

Se trata en este caso de relaciones misteriosas entre hombre y cosmos. En ningún caso se trata de "asociaciones". Proust no es el primer observador de tales importantes fenómenos pre-recognoscitivos. Rimbaud habló ya de ellos. También Beaudelaire. Las observaciones de Rimbaud en su carta del "Voyant" son célebres. La taza de té es —aparentemente— algo periférico en comparación p. ejemplo con una sonata de violín de Beethoven, tocado en un instrumento auténtico, pero en el fondo se trata (de cierta manera) de lo mismo. Sobre estas consonancias meta-arquitectónicas están basadas la existencia y cultura humanas. De estas consonancias debe sentir algo el poeta, el músico, el artista en general, el filósofo auténticos.

Más al final de este primer libro (Du côté de chez Swann) dice Proust: "Tiene el violín —cuando no se ve el instrumento y no se puede relacionar lo que se oye (cosa que modifica su sonoridad)— acentos semejantes a algunas voces de contralto que llegan a dar la ilusión de que hay una cantante. Alzamos la vista sin ver otra cosa que las cajas de los violines, preciosas como estuches chinos, y, sin embargo, por un momento aún, nos engaña la falsa llamada de la sirena; otras veces, se nos figura que en el fondo de la docta caja se oye un genio cautivo que está luchando allá dentro, embrujado y zumbando, como un demonio en una pila de agua bendita, cuando no, se nos representa un ser sobrenatural y puro (subiendo de profundidades misteriosas) que cruza por el aire difundiendo su invisible mensaje.

Como si los instrumentos estuvieran, más, que tocando la frase, procediendo a los ritos indispensables a su aparición y ejecutando los sortilegios necesarios para obtener y prolongar por unos instantes el prodigio de su evocación".

Pero hay experiencias todavía más profundas en la obra de Proust, a pesar de que la pequeña, pero tan importante vivencia de la "madeleine" tiene fama.

Algunas cien páginas más adelante en esta llanura literaria escribe Proust sobre los fundamentos de su existencia: "Muchas veces, ese trozo de paisaje que así llega hasta mí, se destaca tan aislado de todo lo que flota vagamente en mi pensamiento, como una florida Delos, sin que me sea posible decir qué país, de qué época —quizá de qué sueño, sencillamente— me viene. Pero el poder pensar en el lado de Guermantes y en el de Méséglise, **se lo debo, esos yacimientos profundos de mi suelo mental, a esos firmes terrenos en que todavía me apoyo.** Como creía en las cosas y en las personas cuando andaba por aquellos caminos, las cosas y las personas que ellos me dieron a conocer **son los únicos que tomo aún en serio** y que me dan alegría. Ya sea porque en mí se ha

cegado la fe creadora, o sea porque la realidad no se forme más que en la memoria, ello es que las flores que hoy me enseñan por vez primera no me parecen flores de verdad. El lado de Méséglise, con sus lilas, sus espinos blancos, sus acianos, sus amapolas y sus manzanos; el lado de Guermantes con el río lleno de renacuajos, sus ninfas, etc., forman para siempre jamás la fisonomía de la tierra donde quisiera vivir ... y ver ruinas de fortificaciones góticas, y encontrarse en medio de los trigales, como Saint-André-des Champs, estaba, una iglesia monumental, rústica y dorada como un almiar". ... "Y los acianos, los espinos, los manzanos con que a veces me encuentro en los campos cuando viajo, **se ponen inmediatamente en comunicación con mi corazón, porque están a la misma profundidad, al mismo nivel de mi pasado...** Porque muchas veces he tenido deseos de ver a una persona sin darme cuenta de que era sencillamente porque me recordaba un seto de espinos ... Por eso mismo también, como están presentes en aquellas de mis impresiones actuales con que tienen y **pueden tener relación, les dan cimiento y profundidad, una dimensión más que a las otras.** Y de ese modo les infunden un encanto y una significación que solo yo puedo **sentir**".

Dice Ernst Robert Curtius en un pequeño trabajo sobre Marcel Proust: "Es una idea fundamental en el pensamiento de Proust salvar la existencia de lo individual como una relación irreductible y como un **dado** único que no se puede generalizar, salvar este valor contra todas las ciencias".

Con otras palabras, Proust ha comprendido que el camino, que el camino de Combray a Méséglise no se capta, diciendo que son dos o tres kilómetros, sino que se capta únicamente, **caminándolo, caminándolo humanamente, lo que es "deambulando"**.

Estos problemas que encontramos aquí en la obra de Proust, son muy actuales. Llamo la atención sobre el pequeño pero importante tratado de Martín Heidegger "Serenidad" (Gelassenheit). También aquí aparece —muy similar a Proust— el problema del paisaje, de la "Gegend".

Debo citar en este conjunto otra parte de Proust, el paso sobre el "espinos blanco", es decir del "aubepin". Dice Proust: "Pero nada me servía quedarme parado delante de los espinos, respirando su olor invisible y fijo, **presentándosele a mi pensamiento, que no sabía** que hacer con él, perdiéndolo y volviendo a encontrarlo, entregándome al ritmo que lanzaban sus flores, ya a un lado, ya al otro, con gozo juvenil e intervalos inesperados, como algunos intervalos musicales: ofrecíame indefinidamente la misma seducción con profusión inagotable; pero sin dejarme ahondar más adentro, como esas melodías que se cantan y se cantan sin penetrar nunca su secreto. Iba de su lado un momento para tornar a ellas con fuerzas frescas". ... "Todo eso me aceleraba el latir del corazón, como el viajero que al ver en un terreno bajo la primera barca grita 'El mar!', antes de ver el agua".

Algún día más tarde cuando Proust volvió para París, él se despide de este espino, de este —como dice Proust— “arbusto católico y delicioso”: “Pobres espinos míos! —decía llorando— vosotros no queréis que yo esté triste; no queréis que me vaya, ¿verdad? Nunca me habéis hecho nada malo. Os querré mucho siempre!”.

Esto no tiene nada que hacer con sentimentalidad romántica. Probablemente sería mejor comprender la esencia del romanticismo verdadero desde aquí.

Mencioné ciertas relaciones de las ideas de Proust con las ideas de Heidegger sobre “el paisaje”, “por cuyo encanto —como dice Heidegger— todo lo que a él (es decir, al paisaje) pertenece, **vuelve a aquel en el cual descansa**”. Por esto las cosas que aparecen en él —como dice el mismo autor— **ya no tienen carácter de objetos**”.

Proust ve en el amor, en el amor a la mujer esta relación auténtica con este paisaje “por cuyo encanto todo lo que a él pertenece vuelve a aquel en el cual descansa”.

“Muchas veces, a la exaltación causada por la soledad, venía a unirse otra, que yo no sabía separar claramente de aquélla, motivada por el deseo de ver surgir ante mí una moza del campo que yo pudiera estrechar entre mis brazos. Nacía bruscamente, sin que yo tuviera tiempo de referirlo a su causa, entre muy distintos pensamientos, **y el placer que lo acompañaba no se me representaba sino un grado superior al placer que me ofrecían aquellos pensamientos**. Ese deseo de que se me apareciese una mujer añadía a los encantos de la naturaleza un punto más de exaltación. Los encantos de la naturaleza daban amplitud a lo que hubiera podido tener de mezquino el encanto de la mujer. Parecía-me que la belleza de los árboles era su belleza, y que con su beso me revelaría el alma de esos horizontes, del pueblo de Roussainville, de los libros que estaba leyendo aquel año, y como mi imaginación cobraba fuerzas al contacto con mi sensualidad, y mi sensualidad se difundía por todos los dominios de la imaginación, resultaba, que mi deseo no tenía límites. Y era también que —como sucede en esos momentos de ensoñación que tenemos en el campo, cuando la acción de la costumbre está en suspenso, y nuestras nociones abstractas de las cosas, apartadas a un lado, y creemos con profunda fe en la originalidad, en la vida individual del lugar en que estamos— **la moza que pasaba y excitaba mi deseo, parecía que era no un ejemplar cualquiera de ese tipo general, la mujer, sino un producto necesario y natural del suelo aquel**. Porque en aquella época todo lo que no era yo mismo, la tierra y los seres se me figuraba **más precioso y más importante, dotado de más veraz existencia que a un hombre ya hecho. Y no separaba los seres vivientes de la tierra**. (“Y la terre et les êtres, je ne les séparais pas”). ... Pero vagar así por los bosques de Roussainville, sin una moza a quien besar, era no conocer el tesoro oculto de ese bosque, su más honda belleza. Esa

muchacha que yo me representaba siempre rodeada de verdor, era también como **una planta local de más elevada especie** que las demás y **cuya estructura me dejaría sentir** mucho más de cerca que en las otras, **el sabor profundo de la tierra aquella**. ... Miraba tercamente el tronco de un árbol lejano, etc., etc. ... como para **aspirar** las criaturas que pudiera ocultar, en ese suelo estéril, en esa tierra exhausta".

Sería fácil mencionar una cantidad de otros ejemplos que están íntimamente ligados con el problema del reconocimiento, con el problema de las relaciones entre hombre y tierra. Ya en las primeras páginas de su obra Proust se da cuenta de las dificultades de la percepción auténtica. El propio título de la obra "A la recherche du temps perdu" nos lo demuestra. Y aquí el problema:

"Cuando veía un objeto externo, la conciencia de que lo estaba viendo, flotaba entre él y yo, y lo ceñía de una leve orla espiritual que no me dejaba llegar **a tocar nunca directamente** su materia; se volatilizaba en cierto modo antes de que entrara en contacta con ella, lo mismo que un cuerpo incandescente al acercarse a un objeto mojado no llega a tocar la humedad, porque siempre va precedido de una zona de evaporación". La respuesta a este problema difícil es justamente la razón del título de esta novela: "A la recherche du temps perdu".

"La obra de Proust es una obra de la memoria" (dice Ernst Robert Curtius), sí, es **esencialmente** una obra de la memoria y quiere serlo. De este punto de vista ella está relacionada con las ideas de un otro gran genio francés, Henri Bergson.

También Proust distingue —así como Bergson— dos formas de la memoria, la memoria puramente externa, una memoria que conoce solamente datos muertos y la memoria auténtica que reproduce vivencias, también auténticas "en frescura original". Pero ¿cómo?

"El agarramiento del pasado auténticamente vivido, la reproducción de un valor vital perdido, pasa (donde Proust) de la esfera psicológica a lo metafísico. La memoria del 'tiempo perdido' se manifiesta —y eso es lo importante—, como una indicación a una existencia sobre-temporal (así Curtius). Entramos en la esfera de la 'anamnesis platónica'. Es el aura que brilla alrededor de Proust".

Curtius habla en sus estudios sobre Proust de un traspaso de lo psicológico a lo metafísico. A mi no me gusta este término "psicológico". Este "soñar profundamente a través de la nariz", observación de Proust que mencioné al comienzo de mi conferencia, es mucho más que algo psicológico, el sabor de la taza de té es más que una vivencia síquica. ¿De qué se trata aquí? Ya cité un paso importante de Proust: "Porque en aquella época todo lo que no era yo mismo, la tierra y los seres se me figuraba más precioso y más importante, dotado de más veraz existencia que a un hombre ya hecho ... **Y no separaba los seres de la tierra**".

Proust se adelanta tanto —y creo con toda la razón— que el ve el punto de inserción para cada reconocimiento auténtico en la experiencia viva de "su tierra", de su "Heimat". El habla de los "yacimientos profundos" que le dan seguridad de su "suelo mental", de "los firmes terrenos en que todavía me apoyo"; y de cierta manera se extiende "desde aquí" el reconocimiento en general para todo lo posterior y le da aquella seguridad que es signo de todas las grandes culturas de lo pasado, una seguridad que hemos perdido.

Muchas veces mencioné en mis conferencias como también en mis clases la significación fundamental de los archi-elementos de toda existencia auténtica que no tienen nada que hacer, ni con astronomía o geología, como tampoco con las ciencias naturales primitivas que Proust reconoció, pero también Rimbaud (sin llamarlos con su nombre). Hablo de "Cielo y Tierra".

Generalmente pasamos por alto que estas ideas, es decir "Cielo y Tierra", tan corrientes en nuestras conversaciones y charlas diarias, son eminentemente **míticas** en el sentido más estricto, míticas también en la boca de aquel que no cree ni en mito, ni sabe lo que es.

Si hablo de mito pienso —claro está— en los trabajos de Mircea Eliade, Walter Fr. Otto, de Kerényi, en Gurdorf y otros, pienso en los trabajos de la Psicología moderna, especialmente de Jung y en los importantes estudios de Gerard van der Leeuw, etc.

Muy probablemente Proust sabía poco de estas ciencias modernas de la mitología, pero en su obra el autor —más bien un medio que un escritor, en todo caso un gran artista auténtico— toca intuitivamente esta esfera, que es la fuente original de la verdadera mitología. Proust no habla de "Cielo y Tierra", habla de "Tierra y Cielo". Es comprensible, especialmente en nuestros tiempos catastróficamente a-terrenales. Sobre esta terrenalidad, herencia antigua del sentir humanamente, está concebida toda la obra de Proust. En este hecho está basada —probablemente les parece un poco sorprendente, pensando en el muchas veces muy crudo y repugnante realismo de esta novela— la secreta catolicidad de esta otra gigantesca.

¿Como percibimos esta terrenalidad? Proust nos da la respuesta. Olfateándola, **respirándola**. Y en vez de decir "soñar a través de la nariz", podemos decir "vivir, vivir humanamente a través de la nariz". Un reconocimiento de la realidad que no está basado sobre el olfato, de cierta manera es solamente fenomenal. El olfato es —para usar las palabras de Proust— "el sentimiento que nos mueve, no a mirar una cosa como un espectáculo, sino como un ser sin equivalencia".

Spiritus, spirare —(es decir respirar), "Dios le inspiró en el rostro aliento de vida y fue así el hombre ser animado" (Génesis 2.7)— respiración tienen relaciones misteriosas, relaciones profundas entre sí. Y lo que respiramos no es simplemente "aire". Con el ai-

re vital, base de nuestra existencia, nos es dado, en unidad absoluta con él, también el olor. De este olor habla Proust como vamos a ver un poco más adelante.

Yo pregunto: ¿cómo percibimos esta terrenalidad? Respirándola, olfateándola. Yo comprendo este sentido para la terrenalidad, que Teilhard de Chardin llama "le sens de la terre", como una de las manifestaciones de un "materialismo" original, no exterior, no falso, no materialista como la filosofía comunista nos enseña. Si me atrevo a decir "materialismo", esperando que ustedes me comprendan. Solamente una religión, en la cual ocupa la idea del sacramento, es decir, la idea de la incorporación de lo divino, un puesto central, puede hablar de un "materialismo auténtico". No debemos dejarnos quitar el valor único de la materia, ni por Descartes (con su idea funesta de la "res extensa"), ni por el comunismo (con su idea de un materialismo naturalista). Debemos eliminar —si queremos comprender la existencia humana y la cultura auténtica— con toda fuerza un falso espiritualismo que nos regaló también un materialismo falso, en cuya compañía sigue la auténtica enajenación del hombre consigo mismo como para con el cosmos.

Dice Novalis: "Si Dios volvió hombre, entonces él puede volverse también piedra, planta, animal y elemento, y de esta manera hay probablemente una perpetua salvación de la naturaleza. La individualidad en la naturaleza es infinita. Cómo anima esta idea nuestra esperanza de la personalidad del universo".

Teilhard dice: "Así, como a partir de la aparición del hombre en el universo todo pasa a la esfera de la personalidad, el último fin de la convergencia universal debe tener (eminentemente) la calidad de una persona".

"Todo esto significa —así dice van Peursen en su trabajo para el homenaje a Martin Heidegger— que las cosas y hechos contienen un mensaje para el hombre contemporáneo. Las cosas pierden su rigidez, los hechos su exactitud y comienzan a comunicarse con nosotros. Parece que viejos fósiles de miles de años comienzan a comunicarse con nosotros. El cosmos mudo comienza a hablar. Pero es el propio hombre el que desempeña este diálogo".

En su célebre carta del "Voyant" del 15 de Maio de 1871 a su amigo Demeny habla Rimbaud de este "hombre del diálogo cósmico". El "Yo" de este hombre es muy diferente como generalmente se piensa. Rimbaud dice: "Car 'Je' est un autre". "Este 'Yo' es algo diferente". Y ahora viene la parte importante, la parte que hizo tan célebre esta carta: "Si el metal de la trompeta —dice Rimbaud— se despierta, no podemos atribuir esto a él (es decir a este 'yo'. Esto comprendo ahora: yo asisto al florecimiento de mi pensar. (Cela m'est évident; j'assiste à l'écllosion de ma pensée: je la regard, je l'écoute). Hago un golpe de arco (una arqueada) y ya se mueve la sinfonía en las profundidades".

Rimbaud dice: "j'assiste à l'écllosion de ma pensée". Novalis: "También nuestros pensamientos son **factores efectivos del propio universo**" y "El pensar es, como la flor, nada menos que la evolución más fina de las fuerzas plásticas (del cosmos)". Teilhard: "La energía espiritualizada es la flor de la energía cósmica". Proust: "Todo, Combray entero y sus alrededores, la gente, la ciudad y los jardines, que va tomando forma y consistencia, sale de mi taza de té".

Y además la otra observación de Proust (en relación con esta taza de té): "Siento estremecerse en mí algo que se agita, que quiere elevarse; algo que acaba de perder ancla a una gran profundidad, no sé el qué, que va ascendiendo lentamente; percibo la resistencia y oigo el rumor de las distancias que van atravesando".

Esto no son solamente ideas modernas, contemporáneas. Tocamos las ideas grandes del sentimiento y pensamiento occidental universal. Aquel que quiere conocer todos estos fenómenos que hemos tocado aquí rápida y superficialmente, no puede evitar un estudio profundo (y en el sentido auténtico) de la gran cultura occidental y —pensando en Marcel Proust— la gran cultura románica y (ante todo) gótica de Francia y su esencia meta-histórica, pues Marcel Proust es románico-gótico en un sentido superior. Si no fuese así, Proust no sería tampoco francés.

Cultura es la forma específica de la existencia y de la vida humanas. De esta vida dice Proust "que poco a poco, caso por caso, nos permite advertir que lo que resulta más importante para nuestro corazón o nuestro espíritu, no nos es enseñado por el razonamiento, **sino por otras potencias muy distintas**. Y entonces la misma inteligencia, al darse cuenta de su superioridad, abdica por razonamiento ante ellas y acepta convertirse en su colaboradora y su servidora. Es la fé experimental".

Y en otro lugar dice Proust (en el último tomo, "Le temps retrouvé") que —en relación con la verdad— "**que la obra del arte es el único medio para recobrar el tiempo perdido**".

En Proust, como en Rimbaud, se manifiesta la misión del hombre, del hombre humano, la idea de la auténtica humanitas. Desde aquí se comprende también las palabras de un otro francés, del más grande francés, San Bernardo de Clairvaux, palabras eminentemente proustianas a pesar que Bernardo vivió ocho siglos antes de Proust, palabras pronunciadas en relación con el arte de edificar: Vous verrez par vous mêmes qu'on peut tirer du miel de pierres et de l'huile des roches le plus durs. ("Que se puede sacar miel de las piedras y aceite de las rocas más duras"). Eso es Marcel Proust, pero eso es también Teilhard de Chardin. Es el misterio del cosmos.